

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

22/2019

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Montero, Mercedes, *En vanguardia. Guadalupe Ortiz de Landáuzuri
(1916-1975)*, Madrid, Rialp, 2019
(Ignacio Olábarri Gortázar)
pp. 917-922 [1-6]



Universidad
de Navarra

Montero, Mercedes, *En vanguardia. Guadalupe Ortiz de Landázuri (1916-1975)*, Madrid, Rialp, 2019, 310p. ISBN: 978-84-321-5109-5. 17'00€ 

Introducción. 1. Nacer y vivir en tiempos revueltos. Infancia y juventud (1916-1939). 2. Cambio de rumbo en la vida. Admisión y primeros años en el Opus Dei (1944-1950). 3. En buena tierra. Los primeros años de Guadalupe en México (1950-1952). 4. México cada vez más querido. Tiempo de crecer y tiempo de sufrir (1952-1956). 5. Entre Roma y Madrid. Una enfermedad inesperada (1956-1960). 6. Docencia, doctorado, investigación y premios. Guadalupe regresa a la química (1959-1974). 7. Corazón en fuga. El fallecimiento de Guadalupe Ortiz de Landázuri (16 de julio de 1975). A modo de conclusión. Fuentes archivísticas. Bibliografía.

La de Mercedes Montero es, sin duda, la mejor biografía disponible sobre la recientemente proclamada por la Iglesia católica beata Guadalupe Ortiz de Landázuri y Fernández de Heredia (Madrid, 1916-Pamplona, 1975). Como dice la autora en su introducción, «el epistolario de nuestra protagonista ha sido la documentación básica. Contamos con cartas redactadas antes de pertenecer al Opus Dei. Y, desde ahí, muchas otras escritas a diversos destinatarios hasta tres días antes de su fallecimiento. Guadalupe escribía no sólo al fundador del Opus Dei [cartas ya parcialmente publicadas anteriormente] sino a muchas de las personas —pertenecientes a la Obra o no— que conoció a lo largo de su vida. Se trata de un material de una riqueza enorme, con datos sustanciales sobre su vida en el Opus Dei desde los primeros momentos, desde su paso por México, por Roma, por el Madrid de los años 60 y 70... hasta llegar a la Clínica Universidad de Navarra [entonces Clínica Universitaria de Navarra] en el último mes de su enfermedad. Junto a esta documentación principal han resultado igualmente de gran ayuda las dos pequeñas agendas que Guadalupe llevó a lo largo de su vida, aunque hubo espacios largos de tiempo en que apenas las utilizó. Sin embargo, cuando lo hizo, sus breves comentarios valen a veces más que una larga carta» (pp. 11-12).

Hija de Manuel Ortiz de Landázuri y García, militar, perteneciente al arma de Artillería y de familia de militares, y de María Eulogia Fernández de Heredia y Gaztañaga, cuyo padre también había servido en el Ejército, Guadalupe, nacida en Madrid el 12 de diciembre de 1916, fiesta de la Virgen de Guadalupe, era la última, y la única niña del matrimonio. Sus tres hermanos fueron Manuel (Segovia, 1909-Pamplona, 1984), Eduardo (Segovia, 1910-Pamplona, 1985), quien, junto a su mujer, Laura Busca Otaegui, se encuentra en proceso de beatificación, y Francisco de Asís (Segovia, 25 de enero de 1915-Madrid, 10 de marzo del mismo año).

No cabe duda de que el Ejército jugó un papel importante durante los años de niñez y primera juventud de Guadalupe. Sus padres se habían casado en 1908 en Melilla, se trasladaron después a Segovia y posteriormente a Madrid para volver en los años 20 a Segovia —Manuel fue nombrado profesor de la Academia de Artillería—, donde, cuando Guadalupe apenas tenía diez años, la familia vivió lo que la autora denomina con razón una «experiencia traumática» (p. 17): su padre participó activamente en el llama-

RECENSIONES

do «pleito de los artilleros» (1926), debido a la resistencia del arma de Artillería, tradicionalmente contraria a esta medida, por la arbitrariedad política a que podía dar lugar, a los ascensos militares por méritos de guerra, de la que era partidario el entonces dictador Miguel Primo de Rivera, quien de hecho la impuso, por R. D. de 9 de junio de 1926, y que dio lugar en la Academia de Segovia a una sublevación de alumnos y profesores. Sitiado el edificio, los sublevados hubieron de rendirse y la opinión vio con consternación cómo el gobierno condenaba a muerte al director de la Academia y a cadena perpetua a muchos jefes y oficiales. En última instancia, las penas fueron conmutadas, pero solo la caída del dictador en 1930 permitió el indulto total de todos los que estaban encarcelados. El fuerte «Alfonso XII», en el monte de San Cristóbal, junto a Pamplona, funcionó como prisión, y la mujer de Ortiz de Landázuri se trasladó a un hotel de la capital navarra para poder visitar a su marido hasta que este obtuvo la libertad poco después, y se reincorporó al ejército.

En 1927 don Manuel fue destinado a Tetuán, capital del protectorado español en Marruecos: le acompañaron solamente su mujer y su hija Guadalupe, puesto que sus dos hijos estaban ya estudiando la carrera —Manuel en la Academia de Artillería de Segovia y Eduardo en la Facultad de Medicina de Madrid—. Acababa de terminar la guerra del Rif. Hubo que matricular a Guadalupe en el único centro educativo católico existente en Tetuán: el colegio del Pilar, fundado en 1915 por los hermanos marianistas, en principio destinado exclusivamente a alumnos varones; con Guadalupe hicieron una excepción y en ese centro estudió desde los 11 hasta los 16 años, y practicó también los deportes (equitación, tenis, natación) que allí se enseñaban. Proclamada la Segunda República, su padre tuvo que volver a Madrid y, aunque poco después regresó a África (Ceuta), en octubre de 1932 recibió la orden de traslado a su nuevo destino, el Ministerio de la Guerra. Guadalupe terminó el bachillerato en el instituto Miguel de Cervantes y en octubre del año siguiente se matriculó en Ciencias Químicas en la Universidad Central.

Dicha decisión era entonces poco común: durante el curso 1933-1934 solamente el 6,4% de los estudiantes universitarios españoles eran mujeres y, en el caso de la Facultad de Ciencias de Madrid, el porcentaje de alumnas durante el curso anterior, aunque superior, no pasaba del 13,9%. En 1932-1933 solo había en la Facultad cinco profesoras, entre 104 varones. Pero comenzaban ya a darse casos de mujeres que estaban desarrollando sus carreras profesionales en el ámbito de la investigación científica. «En el caso de la Química, se conoce la identidad y las contribuciones de 36 mujeres durante los años de la Segunda República. Trabajaron en el Instituto Nacional de Física y Química, creado por la Junta de Ampliación de Estudios (de la Institución Libre de Enseñanza). Esas 36 mujeres, de un total de 158 investigadores, suponían el 22% de los miembros del citado Instituto: una cifra nada despreciable» (p. 23). Entre 1933 y 1936, Guadalupe estudió los tres primeros cursos de su carrera en el viejo caserón de la calle de San Bernardo y realizó sus prácticas de Química orgánica e inorgánica en el Laboratorio Foster, dirigido por Carmen Gómez Escolar, sito en la Residencia de Señoritas, en la que vivía y en la que conoció a su futura cuñada, Laura Busca, novia de su hermano Eduardo, que dejó testimonio de este hecho: «no recuerdo nada que me llamara la atención [...]. En general, en lo que respecta a la vida de piedad, los universitarios de

RECENSIONES

aquella época no éramos muy practicantes, y yo pienso que Guadalupe sería como todos, aunque no me atrevo a asegurarlo. El hecho de que fuera por nuestra Residencia decía bastante en este sentido, ya que allí se promovían muchas virtudes humanas, pero a nadie se le ocurría rezar un Padrenuestro, antes bien lo contrario [...]. Por otra parte, la familia de Guadalupe era de militares y la educación que impartían en su casa fomentaba las virtudes humanas: se aprovechaban todas las cosas y se gastaba poco, entre otras razones, porque los militares tenían sueldos bastante bajos y no les sobraba el dinero. Por esto, tanto Guadalupe como sus hermanos, de manera espontánea, vivían la lealtad, la austeridad, la reciedumbre y otras tantas virtudes» (pp. 24-25).

Eduardo Ortiz de Landázuri «estaba relacionado con los sectores laicistas y socialistas de la vida universitaria española. En sus años de estudiante había militado en la FUE (Federación Universitaria Española, progresista, republicana, anticlerical), donde llegó a ser elegido vicepresidente en 1931. Guadalupe, en cambio, no participó en nada relacionado con la política, porque así se lo rogó su padre. Es posible que sintiera cierta afinidad con el ambiente serio de la Residencia, o simplemente que aprovechara la oportunidad que le brindaba su amiga» (p. 25), Elvi Mari Soto. «De cualquier manera, precisa la autora, otros testimonios presentan la Residencia de Señoritas como un lugar menos áspero para la religión de lo que recuerda Laura Busca». Matilde Landa, «procedente de una familia burguesa acomodada y muy laicista, quedó escandalizada por la religiosidad de María de Maeztu [la directora de la residencia] y de las chicas que allí vivían, de las que decía que, salvando un pequeño grupo, todas iban a misa. Para ella constituía una muestra del horrendo clericalismo que se había introducido en aquella casa», aunque es verdad que este testimonio es de los años 20 mientras que Laura Busca vivió en el contexto de los años 30 y «quizá con el paso del tiempo también se radicalizó allí el ambiente antirreligioso que se respiraba en amplias capas de la sociedad» (pp. 25-26).

En sus primeros años, muy unida a sus padres, amiga desde pequeña de hijos y familiares de militares, Guadalupe se desarrolló en ambientes de chicos y chicas de distintas edades, de familias conocidas o amigas, más o menos supervisados por los padres o por otros hermanos de mayor edad y cuya educación «debió propiciar en ella una personalidad decidida y el gusto por la vida al aire libre, además de subrayar su alegría y la seguridad en sí misma, que sabía demostrar cuando era necesario (...). Su madre, por otra parte, la educó esmeradamente como niña y mujer (...), sin limitar la franca espontaneidad de Guadalupe; y de ella —aunque también su marido era hombre de fe— recibió de manera muy especial una piedad honda, probablemente no muy inclinada a meras formalidades sociales, pero sí auténtica y sincera» (pp. 27-28). Pero dos acontecimientos marcaron y cambiaron hondamente esta primera etapa de su vida: el fallecimiento de su padre en septiembre de 1936 y su encuentro con el fundador del Opus Dei en enero de 1944, cuando ya había acabado su carrera universitaria, era novia formal de Carlos, un catalán compañero de Facultad y, aunque su ilusión era dedicarse a la universidad, había comenzado a dar clases de Física y Química en los colegios de las irlandesas y de San Luis de los Franceses.

Según Juan Antonio Narváez, uno de los biógrafos de su hijo Eduardo, Manuel Ortiz de Landázuri «había sido un hombre de simpatías notoriamente republicanas,

RECENSIONES

pero sin compromisos políticos de ningún tipo. Era, simplemente, un militar». El 18 de julio de 1936 estaba destinado, como teniente coronel, en la Escuela de Tiro de Carabanchel, donde era el tercer oficial al mando. Cuando estalló la guerra hubo de asumir la autoridad por la ausencia de los dos oficiales superiores a él en jerarquía. La autora afirma que «su modo de afrontar el problema aquel día llevó a que tanto él como sus suboficiales fueran detenidos y conducidos a la Cárcel Modelo. Había logrado que no se produjeran altercados pero, según las autoridades republicanas, no quedó suficientemente clara su oposición al levantamiento. Fue sometido a juicio en septiembre de 1936. El día 4 de ese mes, según el diario *El Socialista* (órgano oficial del PSOE), un testigo ponderó «el republicanismo del teniente coronel Ortiz, por el que estuvo cumpliendo condena el año 1926 en Pamplona». También indicaba el periódico que el teniente coronel quiso aclarar que «cuando habló a los suboficiales y sargentos no lo hizo para proponerles una sublevación militar, sino que les dirigió la palabra en tono corriente, lejos del ampuloso y teatral que el caso hubiese requerido». Aseguró también que las medidas tomadas con los sargentos habían obedecido «a un deseo de evitarles una situación de violencia si entre las masas que pudieran atacar el cuartel hubiere familiares o amigos de ellos». Mostró también su satisfacción por no haber causado víctimas ni haberlas tenido, como se explica en otra biografía de Eduardo, la de López-Escobar y Lozano. Aquel verano tanto su mujer como su hija Guadalupe se encontraban de vacaciones en Fuenterrabía y su hijo Manuel en zona nacional. Solo Eduardo estaba en Madrid: además de visitarle frecuentemente durante esos meses, «se movió entre todos sus conocidos para conseguir el indulto de su padre, a quien el tribunal había condenado a muerte. A través del Dr. Negrín —profesor suyo en la Facultad de Medicina y destacado militante del PSOE, futuro Presidente del Consejo de Ministros— y de su secretario, Rafael Méndez, se consiguió algo. En el diario que llevó durante aquel verano, el propio Eduardo escribió:

«Empiezan los días más dolorosos de mi vida: el juicio de mi padre [...] Yo como hijo inicié entonces, después de una dura lucha en mi conciencia, una interminable serie de gestiones [...]. El 6 de septiembre mis gestiones parecían coronadas por el éxito. El indulto para mi padre estaba conseguido [...]. El día 7 de septiembre fui a ver a mi padre y sentí la amargura al saber que el indulto era sólo para él: ¿cómo iba a aceptar don Manuel un indulto que no incluía a sus subordinados? Era impensable conociéndole. Aquella misma tarde llegaba Guadalupe a Madrid, acompañando a nuestra madre. La buena noticia del indulto les duró poco tiempo: a las nueve y media de la tarde recibí, por teléfono, el recado de que mi padre sería fusilado aquella misma noche». Efectivamente, el padre de Guadalupe no había consentido en ser el único indultado, [como escribía] en carta dirigida a un amigo suyo, el teniente coronel Hernández Sarabia, también artillero y uña y carne de don Manuel Azaña. El indulto estaba condicionado, además, a que se pasara con armas y bagaje a defender al ejército revolucionario de la República, lo cual parece lógico, pero a lo que se negó igualmente. Esta actitud puede llevarnos a pensar que quizá no deseaba una rebelión militar, pero tampoco estaba dispuesto a apoyar a una República socialista, anarquista o comunista, como parecía en aquellos primeros momentos que se estaba pergeñando. Por lo tanto, fue condenado a muerte como los demás artilleros de su cuartel, en sentencia firme, que se ejecutó de

RECENSIONES

madrugada después de que sus hijos Guadalupe y Eduardo estuvieran con él en capilla durante cinco horas. «Con él estuvimos hasta las cuatro y media en que unos milicianos nos mandaron marchar, después de pedir él un Rosario a mi hermana. Al salir me dieron la partida de defunción. Por un policía he sabido después que murió valientemente, sin un momento de duda» (pp. 30-32). Guadalupe escribía años después: «A él le debo, seguramente, la vocación» (p. 34).

En enero de 1944 «sucedió un hecho que cambiaría por completo el rumbo de su vida: el encuentro con el fundador del Opus Dei. Guadalupe acababa de cumplir 27 años». Un domingo en misa «se distrajo imaginándose a sí misma vestida de novia y casándose en esa iglesia. En ese momento, de una manera muy aguda y totalmente inesperada, se dio cuenta de que Dios le pedía otra cosa. Era algo tan ajeno a sí misma, algo que nunca había pasado por su imaginación, que quedó impresionadísima». Al terminar la misa se encontró con uno de sus amigos «y, apenas intercambiados los saludos de rigor, le preguntó prácticamente a bocajarro si conocía a algún sacerdote». Su amigo, también químico y miembro del Opus Dei desde noviembre del año anterior, le habló de José María Escrivá y le dio su teléfono. El 25 de enero de 1944 tuvo lugar su primera entrevista. Años después, cuando acababa de morir el fundador, ella misma anotó en su agenda:

«Por medio de un compañero con quien me unía amistad y confianza, Jesús Serrano de Pablo, a quien hablé de mi deseo de tener un director espiritual, me puse en contacto por teléfono y acudí a la dirección que me dieron, para conocer a D. José M^a Escrivá de Balaguer, de quien yo no sabía, hasta ese momento, absolutamente nada, ni tampoco, naturalmente, de la existencia del Opus Dei. La entrevista fue decisiva en mi vida (...). Tuve la sensación clara de que *Dios me hablaba a través de aquel sacerdote, no solo con sus palabras, sino con su oración de petición por mí, que se reflejaba en lo que pensaba mi cabeza y hablaba mi boca. Sentí una Fe grande, fuerte reflejo de la suya* y me puse interiormente en sus manos para toda mi vida. En los días sucesivos fui descubriendo y conociendo el espíritu del Opus Dei y el día 19 de marzo de 1944 pedí la admisión en la Obra» (pp. 39-41; la cursiva es subrayado en el original). El 18 de mayo (la llevó en coche su hermano Eduardo) se fue a vivir a «un hotelito de la Colonia del Viso», al centro de Jorge Manrique, entonces el único de mujeres del Opus Dei que existía en el mundo.

El que quiera conocer con detalle y profundidad la vida de Guadalupe Ortiz de Landázuri desde 1944 hasta su fallecimiento el 16 de julio de 1975 puede leer el libro que reseñamos, que está muy bien escrito y engancha al lector. En sus últimas páginas, además de sintetizar la vida de la nueva beata, la autora recuerda que «a lo largo de los siglos XIX y XX existieron en España mujeres pioneras que contribuyeron a cambiar el rol social femenino. Algunas son muy conocidas (Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, María de Maeztu, Clara Campoamor, Victoria Kent), pero existen otras que —juntas o por separado— participaron casi sin saberlo en ese movimiento imparable y progresivo hacia la ampliación del espacio público femenino. Por ejemplo, las 77 mujeres que lograron acceder a la Universidad española entre 1872 y 1910, cuando este derecho les estaba vedado por su condición femenina (...). Podríamos llamar a estas jóvenes “pioneras de la vida ordinaria”, pues no se apartaron de ella para ir ampliando

RECENSIONES

lenta, pero muy eficazmente, su espacio de acción pública en la sociedad. La mayoría de ellas no levantó la voz para denunciar su injusta situación. Pero por la vía de los hechos, una a una, ejerciendo su libertad, consiguieron cambiar el panorama (...). Guadalupe Ortiz de Landázuri presenta algunos de los rasgos que nos permiten pensar en ella como en una de estas pioneras» (pp. 291-292).

«No suele ser muy habitual en la historiografía sobre mujeres en España, encontrarse con estudios sobre personas (de cualquier ideología) que hayan realizado aportaciones de peso a la cultura, la ciencia, la educación. No existen biografías sobre María Goyri, Piedad de la Cierva, Concepción Sáiz o Dorotea Barnés. Hay que rescatar la vida de mujeres que formaron parte de la vanguardia porque dieron pasos concretos que fueron avances reales en el ámbito femenino (...). Guadalupe Ortiz de Landázuri puede considerarse con razón una de las seguidoras de esta estela, aquella que comenzaron cada una de las 77 desconocidas y jovencísimas universitarias que consiguieron cambiar una ley que les negaba un derecho fundamental: la educación superior» (pp. 301-302).

Mercedes Montero es doctora en Ciencias de la Información y en Historia. Profesora Agregada de Historia Universal Contemporánea en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, de la cual ha sido vicedecana desde 1995 a 2001. Su investigación se ha centrado en la Historia del Periodismo y en la Historia de la Publicidad. Autora de dos monografías sobre medios de comunicación en el franquismo: *La construcción de Estado confesional (1936-1945)* y *Cultura y comunicación al servicio de un régimen (1945-1959)*. Ha publicado numerosos artículos sobre el tema y ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales, además de en proyectos de investigación. Visiting Scholar en el Departamento de Historia de la Universidad de California, Campus de Berkeley (2006). Actualmente dirige el Departamento de Comunicación Pública de la Universidad de Navarra.



Ignacio Olábarri Gortázar
Universidad de Navarra